

ARTISTAS 59.



En el estudio de Tuñón & Albornoz se ve el cielo azul enmarcado en las altas ventanas del antiguo taller de carpintería. Del aire llega el ruido de un avión; pasa una paloma; pasa el vecino a recoger la ropa tendida. De repente, llaman a la puerta para dejar un paquete. Una puerta se cierra con un golpe seco y entra Emilio Tuñón a sentarse en la cabecera derecha del estudio.

En el centro de la nave, 12 mesas, divididas en dos grupos de seis por una línea de altos pilares, configuran los puestos de trabajo, y en el pequeño patio de manzana descansa un banco flor.

Por la tarde entra el sol por la ventana y, a veces, risueña, la bola de espejos que cuelga en un rincón pinta de lunares la pared de enfrente. El estudio, como una caja, está lleno de ideas, de recuerdos, de conversaciones que sobrevuelan la sala y de vestigios de caminos que se quedaron sin recorrer, como una maqueta de la época de Mansilla + Tuñón, hecha con una lata de Coca-Cola en forma de flor, recortada y aplastada, para el proyecto del Grand Slam, que corona una pila de otras pequeñas maquetas.

Estanterías llenas de libros flanquean las paredes, y me entretengo pensando si son de ese tipo de libros de los que habla Campo Baeza, que de tanto estar juntos y apretados, se hablan entre ellos. Sobre las estanterías se acumulan maquetas, paneles de concurso, premios, fotografías y otros recuerdos del recorrido del estudio. Todo ha ido dejando huella.

Gracias a la Fundación por abrirme la puerta, llena de grafitis, de la calle Artistas 59, y a todas las personas que forman parte del estudio Tuñón y Albornoz.